

Resplandores

(Monodrama de intriga)

Josep Navarro i Salvador

PERSONAJE

SALVADOR.

FIGURANTES

VICENTE, *el tabernero.*

CAMIONEROS.

ALMAS.

ESPÍRITU DE ENCARNA.

Espacio escénico.

Derecha e izquierda las del espectador.

La acción se desarrolla en el interior de una taberna de estilo típicamente sencillo y de aspecto simplemente onírico, por lo que el decorado y mobiliario, todo blanco lo horizontal y negro lo vertical, puede estar basado en unas estanterías montadas y colocadas a fondo de caja, a centro izquierda, más una barra de bar con los mismos colores, sobre la que se puede ver unas botellas de licor, varios vasos y un diario. Detrás de la barra de bar debe haber espacio suficiente para pasar una persona. En alguna parte de la falsa pared, cerca de las estanterías, habrá un calendario que mostrará claramente la fecha de 1999.

Casi a boca de escenario y en la parte más izquierda posible hay una ventana practicable, abierta y del tamaño suficiente para que asome medio cuerpo de una persona. Tal ventana puede ser fijada en el suelo por medio de un soporte igual a la ventana, o estar colgada por medio de cordones o hilos de nylon.

A fondo derecha y pendiendo de una bambalina fuera de la vista del público hasta al momento oportuno colgará una gran puerta practicable y de aspecto virtual, que enmarca una tela blanca, especial, extensible, transparente y abierta por el medio para que pueda entrar por ella el personaje de la obra y conseguir el efecto de que pasa a otro mundo. Detrás de esta y también oculto hasta que baje la antedicha puerta especial habrá un foco de luz para producir la sombra del personaje, una vez esté detrás, más la sombra de dos piedras de sepultura en sentido vertical.

A fondo izquierda, una puerta que pretende dar al exterior de la taberna, a la calle. Y a la parte contraria, otra puerta que da paso al salón interior del restaurante.

Si la cortina negra de fondo de caja no es móvil se tiene que improvisar una colgando de una barra o bambalina, para conseguir los efectos finales de la obra. Esta cortina, indistintamente, debe de alzarse o abrirse en dos.

Dos o tres mesas con sillas distribuidas sin orden complementan el ambiente de la taberna.

Sobre la mesa ubicada más a la derecha, casi en el centro, una botella de brandy vacía y un vaso, también vacío.

Acto único

Un minuto antes de alzar el telón, oscuro total y se oye una música misteriosa. Pasado el minuto, baja lentamente la música hasta desaparecer. Luz de albor en escena, que será la máxima durante toda la obra. Se abre el telón.

En oblicuo al público y sentado en una de las sillas de la mesa de más a la derecha aparece SALVADOR. Este está cubriéndose el rostro con sus manos y acodado en la mesa sobre la que está la botella con el supuesto brandy y el vaso. También se encuentra en escena Vicente, el supuesto tabernero que SALVADOR no puede oír pero que presiente. SALVADOR realiza algunos movimientos en silencio mientras Vicente, sin palabras, se acerca al mostrador y mueve varias de las botellas existentes. Todo seguido, sale del mostrador y va colocando las sillas debidamente bajo las mesas, por lo que provoca los ruidos que motivan la primera frase de SALVADOR.

Aunque SALVADOR intuya a Vicente, en ningún momento figura verlo, lo que hace que sus frases no obtengan más contestación que las que él mismo imagina.

SALVADOR.- No comprendo a qué se debe tu obstinación en hacer ruidos y en no dejarte ver, Vicente. ¡Como si yo fuera un apestoso!... Ahora bien, si lo que pretendes es asustarme con alguna broma o seguir con la burda farsa, que no sé por qué razón me está montando mi propio pueblo, más vale que te dediques a otras cosas de más provecho.

(El tabernero, inmutable, se acerca a la mesa de SALVADOR y alza la botella y el vaso con la intención de retirarlos, pero se lo piensa mejor y vuelve a dejarlos sobre la mesa produciendo otro ruido.)

Es inútil que te esfuerces, no podrás impresionarme. **(Pausa breve.)** La verdad es que ya pocas cosas me pueden impresionar...

(El tabernero hace mutis por puerta izquierda de fondo y, desde fuera, figura apagar las luces, por lo que el escenario se queda con algo menos de luz pero suficiente.)

¿Qué ocurre, Vicente? ¿Debes dinero a Hidroeléctrica, o... estás tratando de ahorrar? **(SALVADOR toma el vaso y hace acción de llevárselo a los labios pero se detiene para mirarlo de través.)** ¡Vicente, joder!... ¡De nuevo tengo vacío el vaso! Sabes que no

me gusta que esté seco. De alguna forma me afecta y... me puede hacer olvidar aquello que pretendo recordar. Ya sé que lo natural es todo lo contrario: beber para olvidar... **(Pausa breve.)** Tal vez sea yo el que no es normal después de haber visto los... ¡resplandores! **(Toma la botella y se sirve en el vaso pero nada cae.)** Tráeme otra botella de brandy, por favor, que esta se ha evaporado. **(Pausa.)** Sé que estás esperando a que te cuente lo que me está pasando, pero aparte de que no puedo hacerlo con la garganta reseca, seguramente nunca llegarías a comprender... lo que ni yo mismo me puedo explicar. **(Se gira hacia el mostrador.)** ¡Y haz el favor de salir de donde estés, coño! Si quieres que te lo cuente, quiero ver la cara que pones cuando lo escuches... **(Toma el vaso vacío, se lo lleva a los labios y engulle un poco de aire. Lo saborea.)** Dime, Vicente, ¿alguna vez te has sentido abducido por extraterrestres? **(Pausa.)** ¿Debo interpretar tu silencio como que tienes dudas? **(Rápidamente.)** No, no... hace falta que contestes. Nadie está seguro de nada, ya que de haber pasado por ese trance, lo más probable es que le hubiera sido borrado de la memoria. Eso sí, a excepción de esa panda de tarados mentales que salen en televisión... diciendo que son superhombres o «supermujeres» que lo sanan todo además de ver el futuro, aduciendo que han estado en una nave extraterrestre pilotada por seres de color verde, hechos de luz... y de dos o más metros de altura. **(Pausa breve.)** De ahí que yo tampoco sepa lo que me ha sucedido, ni el porqué de estar aquí rodeado de mutismo y de oscuridad. **(Sin dejar el vaso se levanta de la silla con gesto indeciso.)** No sé si estoy en mi mundo o en otro paralelo. **(Pausa para mirar a derecha e izquierda.)** Está bien, voy a contártelo. Pero si no crees nada de cuanto vayas oyendo, por lo menos no me vengas con coñas marineras; podría ser la gota que colme el vaso. **(Mirando su vaso de través.)** Aunque no creo que sea este. Pon atención, Vicente. **(Pausa para dejar el vaso sobre la mesa, agarrar la silla y llevarla más a la izquierda y centro del escenario. Hecho esto, se sienta en ella del revés como si fuera al volante de su coche.)** Para mí, hace solamente unas cuantas horas que volvía de un viaje de trabajo. Conducía el coche en dirección a mi casa donde me esperaban Encarna, mi mujer, y Salva, mi hijo de seis meses. **(Se anima.)** Eran las postrimerías de un hermoso atardecer, cielo raso y temperatura agradable. La jornada laboral se me había dado muy bien. Excelente diría yo. Tenía tantos motivos para rebosar contento, que hasta iba entonando romanzas de zarzuela... **(Tararea brevemente.)** Ya sabes que soy un gran amante del género lírico. Incluso me atreví a hacer pinitos con coplas españolas.

(Mostrando falta de lucidez, incluso con gesticulaciones, canturrea un corto fragmento de una copla. Notablemente afectado, súbitamente se detiene llevándose una mano a la boca

y cerrando los ojos. Después de la transición, algo más afectado continúa el relato.)

Trescientos cincuenta kilómetros me separaban de mi hogar y, por costumbre, calculaba que estarían hechos en poco más de cinco horas, tranquilamente y deteniéndome a dar algún bocado por el camino. Poco después, la noche extendió su aterciopelado y negro manto... y una inmensidad de pequeños fanales se encendieron en el infinito, tratando de ayudar a los faros de mi vehículo a iluminar la carretera... De la radio «casette» surgían las relajantes notas de un preludio musical... De vez en cuando, bajaba el volumen de la música para escuchar a los intérpretes de la naturaleza, que me regalaban los sentidos con sus cantos deslizados por la media ventanilla abierta de mi coche: el silbido del viento, la cantinela de los grillos y el gemido de alguna ave noctámbula. **(Girándose a medias hacia el mostrador.)** ¿Me estás escuchando, Vicente? **(Silencio.)** Ya. Supongo que estás concentrado y tratando de imaginar lo que te estoy relatando. En tal caso, continúo. **(Pausa breve para ponerse en situación.)** Creo que habrían transcurrido un par de horas desde que me puse en camino, cuando una guñadoras luces aún mortecinas por la lejanía y por la intermitente interposición de las turbias montañas que las curvas hacían danzar delante de mí, alteraron mis sentidos avezados a la monotonía de seguir la línea medianera de la carretera... Las luces proseguían apareciendo y desapareciendo caprichosamente hasta que, al llegar a una recta, pude distinguir con más claridad las luces de neón del anuncio de un restaurante. **(Transición.)** ¿Sabes, Vicente?, cuando viajes por carretera, recuerda que yo, Salvador Medina Miralles, te di el consejo de que no pares en ningún restaurante u hostel en los que no veas camiones parados.

(Se levanta de la silla, va hacia la mesa que ocupaba y vuelve a servirse otro vaso del imaginario contenido de la botella, que engulle a continuación.)

De verdad, amigo Vicente, que este brandy es bastante insípido, pero tiene la virtud de no enturbiar los sentidos. **(Pausa.)** ¿Por dónde iba?... ¡Ah, ya!: el restaurante. Pues bien, efectivamente había camiones estacionados en la explanada al efecto. **(Pausa para volver a coger la silla, llevarla hasta la mesa y sentarse.)** Dejé el automóvil lo más cerca de la puerta del restaurante y me aseguré de cerrar bien las puertas. En carretera nunca te puedes fiar... A continuación, entré en el local dirigiéndome directamente al mostrador en el que había tres hombres con aspecto de camioneros y pedí un plato combinado idéntico al que estaban consumiendo respectivamente los tres personajes.

(Mientras SALVADOR adopta postura de querer recordar, luz mínima en escena y aparecen los tres supuestos camioneros, los cuales, igual que SALVADOR, son iluminados por una luz cenital para conseguir el efecto de que están en fase tridimensional. Los tres camioneros se quedan junto al mostrador, parodiando los recuerdos de SALVADOR.)

En el tiempo de espera traté de ocupar el pensamiento en mi Encarna y mi pequeño Salva, cosa que me fue imposible, porque sin querer escuchaba la fogosa conversación de los tres profesionales de la carretera.

(En las últimas palabras y exaltadas gesticulaciones de los tres, durante unos segundos y mientras estos accionan con más violencia, se escucha una música infernal, que obliga a SALVADOR a agarrarse la cabeza y a retorcerse como si quisiera arrancarse los pensamientos. Va serenándose paulatinamente. Baja el volumen de la música hasta desaparecer y los camioneros se quedan completamente estáticos.)

¡¡Dios mío!!... Parecía que quisieran hacer partícipes de su misterioso suceso a los presentes, braceando y gesticulando, al tiempo que gritaban más que hablaban... Los dos más vehementes y auténticos protagonistas del caso afirmaban que, a unos diez kilómetros del restaurante, las radios de sus camiones se volvieron completamente locas... hasta que los súbitos resplandores parecidos a los haces del faro de un puerto les obligaron a detener los vehículos, pues habían sido cegados. Uno de ellos abundaba sobre los ruidos a manera de un continuado silbido que presionaba sus cerebros llegando a hacerse insoportable, pero que, cuando ya estaban al límite de lo que podía tolerar un ser humano, el estridente silbido y los resplandores desaparecieron de la misma forma en la que se habían manifestado. Por lo visto fue cuestión de segundos; unos segundos tan intensos, que se llenaron de recuerdos de sus vidas y de sus familias, debido a la incertidumbre de lo que les podría ocurrir a partir de esos instantes.

(SALVADOR hace una pausa. Aparece el tabernero, toma un mantel de papel y hace gestos de seguimiento a los camioneros, desapareciendo después por la figurada puerta del salón interior. Todo seguido y aflojando la luz del cenital sobre el mostrador y sobre los camioneros, estos, accionando con menos violencia, desaparecen por la citada puerta. Mutis de los cenitales y vuelve la luz habitual de escena.)

El más gritón de los camioneros insistía una y otra vez sobre lo más extraño del caso: aseguraba convencido, que cuando tenían que estar a diez kilómetros aproximadamente del restaurante, nada más retomar la marcha, un poste kilométrico les indicaba que estaban a treinta, pudiendo comprobar por el camino, que volvían a pasar por donde ya lo habían hecho con anterioridad. Los dos llegaron a la conclusión de que fueron objeto de la visita de un «OVNI» auténtico. **(Se alza violentamente de la silla y se separa un par de pasos de la mesa, en dirección al mostrador.)** ¡Te juro, Vicente, que ni el tercer camionero ni yo dudamos en absoluto de la veracidad del relato, debido al estado de enervamiento y confusión que transmitían sus pálidos y transfigurados rostros! **(Pausa breve para calmarse.)** Seguramente continuaron con la exposición de tan inusual hecho, pero yo ya no podía escucharles porque mi imaginación estaba totalmente abstraída ante la posibilidad de encontrarme frente a un caso de semejantes dimensiones paranormales. Casi sin darme cuenta de lo que hacía salí del restaurante y volví a ponerme en carretera con el estómago vacío. **(Buscando al tabernero.)** ¿Puedes creer, Vicente, que ha sido hace apenas unos momentos cuando he recordado que estoy en ayunas desde entonces? **(Pausa breve para pasarse una mano por su estómago.)** Y el caso es que, increíblemente, no tengo ni mucha ni pizca de hambre. **(Sigue con el relato.)** A partir de ahí... perdí la noción del tiempo y sólo tenía ojos para estudiar la infinita pizarra del cielo: Las parpadeantes luces de cualquier avión que se deslizaba por el enorme techo del universo, provocaban un sobresalto en mi interior... Cada vez que aparecían los haces de luz de algún vehículo frente a mis ojos, mi ligera taquicardia se aceleraba, obligándome a oír los descompasados latidos de mi corazón **(Gesto propio.)**: ¡Pom pom, pom pom, pom pom!... Así recorrí los más de trescientos kilómetros más cortos de mi vida, temiendo la súbita visita de una nave extraterrestre que me trasladara, pongamos por ejemplo, al «Triángulo de las Bermudas» y sin un mal flotador, o al interior de la misma nave, para ser estudiado como un conejillo de indias. **(Pausa para, flemáticamente, acercarse a la mesa, sentarse en la silla y alzar el vaso con intención de llevárselo a los labios, pero se detiene jugueteando distraídamente con él.)** Iba tan aislado del mundo real... que sólo podía admirar la negra mantilla celestial cubierta de resplandecientes lentejuelas. Era como si millones de luciérnagas hubieran decidido ponerle guirnaldas a la oscuridad. Toda la vida han estado ahí y yo las he descubierto en esta precisa noche. **(Más exacerbado.)** ¿Por qué? Si siempre se han mantenido tan lejanas... ¿por qué pensé que las tenía al alcance de la mano? **(Transición.)** Y en eso estaba, cuando vi... ¡los resplandores! **(Visiblemente alterado, le cae el vaso sobre la mesa.)** Por mucho que te cuente, solo habiendo estado allí y en ese preciso momento podrías hacerte una idea de lo que yo pasé. **(A modo que va hablando sigue exacerbándose.)** ¡Fue algo increíble! ¡Como un horrible despertar

del sueño más placentero!... Una cegadora luminaria me obligó a cerrar los ojos. **(Se coloca un brazo por delante de los ojos como si quisiera protegerse de algo invisible. La mayoría de los focos del escenario parpadean en forma de fogonazos.)** ¡No... no podía ver nada!... ¡Pisé a fondo el freno... y a los chillidos de las cubiertas aferrándose al asfalto... se sumó un potente zumbido, tan atronador **(Poniéndose en pie violentamente.)**, que por unos segundos creí que mi cerebro iba a estallar en mil pedazos!

(Aún con el brazo sobre el rostro, SALVADOR se separa de la mesa y se convierte en el blanco de todos los focos existentes.

Pocos segundos después, las luces se recomponen y, previa transición para relajarse sigue con el relato.)

Cuando todo aquello cesó, un extraño y total silencio reinaba a mi alrededor... No dejé sin tentar ni una sola parte de mi cuerpo, para comprobar si estaba entero. **(Lo hace.)** El coche se había quedado cruzado al medio de la carretera y no quedaba rastro del misterioso suceso. Todo parecía normal, pero... aún no hacía ni diez segundos que era noche cerrada, estrellada, sin luna... **(Nuevamente se altera.)** ¿Qué había ocurrido?... ¡Era de día, Vicente! ¿Te das cuenta? Consulté mi reloj y señalaba las tres de la madrugada; por contra, el sol estaba en lo alto. ¿Qué es lo que me habían hecho esos malditos extraterrestres? ¿Dónde me habían dejado?... **(Cae arrodillado y sigue hablando con notas de demencia.)** ¡La carretera, la carretera era la misma pero el asfalto no; parecía que estaba recién puesto! **(Se pone en pie.)** Pronto comprendí que había sido abducido, que me tuvieron unas horas en su nave... ¡A saber lo que habrían hecho de mí! Nada recordaba de ese tiempo perdido en lo más recóndito de mi mente... Estaba claro que me lo habían borrado de la memoria. ¡Y aun como no me borraron el recuerdo de mi familia! **(Transición.)** ¡Mi familia! -Pensé.- Estarían padeciendo por mi tardanza -¡si es que aún existían... porque como la vida en este planeta parece haberse tornado del revés!-... Una repentina angustia se apoderó de mí y le di media vuelta a la llave de contacto. **(Transición y abatido.)** Todo inútil. Me habían dejado seca la batería al igual que la pila de mi reloj. **(Mirándose.)** Esos alienígenas deben de necesitar energía para seguir haciendo de las suyas y ya no saben de qué echar mano. Bajé del coche y me puse a caminar sin saber adonde dirigirme, ya que todo me parecía conocido al tiempo que extraño. Como si estuviera en otro mundo idéntico al mío, pero vacío. **(Pausa breve.)** No hace falta que me lo digas, Vicente, también yo lo pensé **(Yendo hacia el mostrador.)**: el coche podía representar un peligro tal y como se quedó. Pero estaba en medio de una larga recta; podía vérselo desde lejos... Y fue precisamente aquella recta la que me hizo apercibirme de que me hallaba a sólo cuatro kilómetros de mi pueblo. La zozobra empujó mi paso, aunque me volvía de vez en cuando por si veía aparecer el vehículo de alguien

conocido... A partir de ese momento y conforme recorría el camino, la angustia me iba en aumento. **(Nuevamente va exacerbándose a medida que habla.)** No sólo era la ausencia de vehículos, también me preocupaba el no ver a ningún ser viviente por los campos, ni insectos, ni aves... Y esa soledad, ese silencio... me hizo sospechar que tal vez también el pueblo había recibido la desafortunada visita de los seres del espacio... Ya no caminaba, ¡corría! **(Gritando.)** ¡¡Corría como un gamo impulsado por la desesperación y por el terror!! **(Termina la frase dando un puñetazo sobre el mostrador. Lentamente, va tranquilizándose.)** Los cuatro kilómetros fueron más largos que los más de trescientos recorridos con el coche. También ahí quedó demostrado que algo me habían cambiado al abducirme, pues, pese al esfuerzo de la carrera por llegar, no sentía cansancio ni calor. **(Pausa para ir a la ventana, abrirla y continuar el relato a través de ella.)** Ya podía ver el cementerio, que estaba solamente a quinientos metros de mi casa. Curiosamente, allí sí que llegué pronto. Pero cuando pasaba por delante del vallado construido con barrotes de hierro, algo extraño hizo que me detuviera. **(Acercando más su cabeza a la ventana.)** Era la primera vez que veía a una persona desde los resplandores. Un niño de unos ocho o nueve años estaba en pie, frente a dos tumbas de granito grisáceo unidas entre sí. Movía los labios sin que yo pudiera oír nada. Lo llamé:

¡¡Chico!!... ¡¡Eh!!... «¡¡Escucha!! ¿No me oyes?» Lo llamé varias veces: «¡¡Oye, niño!!... ¡¡Aquí, muchacho!! ¡¡Estoy aquí... aquí, criatura de Dios!!»... Pero, o era sordo... o estaba tan abstraído que no se enteraba de nada. No podía perder más tiempo y continué corriendo en dirección a mi casa. **(Nueva pausa para mostrar gestos de contrición. Se acerca a la silla que ha quedado fuera de la mesa.)** Otra desagradable sorpresa me esperaba: Mi casa. ¡Mi casa, Vicente! ¡Estaba totalmente desierta, envejecida!... ¡El estado de abandono en el que se hallaba daba la impresión de que hacía mucho tiempo que estaba deshabitada! **(Súbitamente enfurecido, le da una patada a la silla y sigue hablando más y más alterado.)** ¡Di vueltas y más vueltas buscando a alguien que pudiera darme razones, pero fue estéril mi intento! ¡Aquel aislamiento e incertidumbre acentuó mi creencia de que todo el pueblo podía haber sido abducido!... Ahora ya sé que no. El chiquillo; aquel muchacho tampoco tenía el porqué de estar allí. **(A partir de ese momento va mostrando más demencia en sus palabras y gestos.)** Sí, Vicente, sí..., ahora ya estoy seguro de lo que me sucede, está muy claro. Me ha costado bastante llegar a esta conclusión, pero ya entiendo lo que está ocurriendo... No es el pueblo, Vicente, ¡soy yo! ¡¡Yooooo!!... **(Y le propina otro puñetazo a la mesa mientras grita desesperado.)** ¡¡Yo soy el único que está fuera de su mundo!!... **(Moviéndose como una fiera enjaulada.)** ¡¡Dios santo!!... ¿Cómo he podido estar tan ciego? ¡¡No es el pueblo el que se encuentra abandonado, sino yo quien ya no está en él!!... **(Termina aporreando la mesa con sus**

dos puños, a la vez que, sollozando, se vence sobre ella. **Segundos después se incorpora con los mismos síntomas de demencia.)** ¿Me estás escuchando, Vicente? ¡Soy una víctima de todo este despropósito!... No comprendo cuál es la razón por la que «ellos» me han escogido a mí para ser el único abducido. **(Transición.)** No, el único, no... **(Trata de darle convincentes explicaciones a Vicente y de dárselas a sí mismo con una elocuencia desatinada.)** El niño... También él ha sido otro desafortunado inocente. ¡Para mí, Salvador Medina Miralles, diplomado en ciencias físicas y en informática, esto no puede tener secretos!... Te explico, Vicente: El chaval ha debido de ser abducido escaso tiempo antes que yo, una hora o... tal vez minutos. En ese corto intervalo los dos hemos sido depositados en otra dimensión fuera del espacio y tiempo, y esa tan escasa diferencia nos permite vernos pero no oírnos. En realidad estamos en dos dimensiones paralelas... No, en tres. ¡Eso es! De la tuya y de la de todo el pueblo nos separan varias horas en las que hay un gran número de fases dimensionales de por medio; de ahí que yo no te pueda ver ni oír, ni tú a mí tampoco, creo. **(Transición.)** Por cierto, que también sería del género estúpido el que yo t'esté explicando mi teoría de lo sucedido, para que resulte que no me estás escuchando... **(Vuelve a la misma.)** En cambio, la del niño y la mía están tan cercanas, que se forma una «transmisión múltiple en metafase, tercera fase de la mitosis». En lenguaje más popular y para que me entiendas: es como si unas lentes o espejos que están a gran distancia proyectaran, en realidad virtual, holografías de nuestras imágenes en una misma frecuencia y por distintos canales pero a falta del último reajuste de sintonía. Eso hace que la otra imagen duplicada de mí no sea completa... y que vea únicamente la de cuando era un niño. ¿Me sigues, Vicente? **(Transición.)** A... ahora que pienso: Ese niño, aunque me tenga cierta semejanza no es exactamente igual a como yo era con su edad aproximada... Recuerdo que yo lucía un cabello rizado y aquel chaval lo llevaba de punta, como las cerdas de un cepillo. Es obvio que no puedo ser yo y que acabo de mandar al garete mi genial conjetura. Ese chico tiene que ser otro, otro del pueblo. **(Piensa.)** Y el caso es que en el pueblo no había ningún niño huérfano de esa edad... ¡Pero el cementerio sí es el mismo!... **(Confuso.)** Ahí sí que no tengo explicación ¿ves?... **(Pretende sentarse pero no llega a hacerlo. Hablando, vuelve a la ventana.)** ¡Pobre chico! Seguramente aun no se ha apercibido de cual es su situación, solo y sin poder encontrar a su familia... Tal vez es por eso por lo que va al cementerio, para buscar, aunque sea lo peor, a alguien de los suyos. Triste porvenir para una criatura de tan corta edad... el vagar como ánima en pena por un pueblo fantasma, que además no debe de ser el suyo. **(Se detiene instantáneamente, y su rostro hasta ahora de demente condolencia se va transfigurando y muestra un rictus, primero de asombro y después de pánico, que le obligan a retirarse de la ventana.)** ¡No! ¡Eso no puede ser!... ¡Yo, yo... yo estoy en la misma situación!... ¡Yo no..., no

puedo estar aquí eternamente; no lo soportaría! Tiene que haber una solución, alguna forma de ponerse en contacto con los alienígenas que nos han dejado en esta dimensión que no es la nuestra. **(Pasea como una fiera enjaulada.)** Debo de comunicarme con ellos, no sé cómo pero he de hacerlo. ¡Esto no me puede estar pasando a mí! **(Se detiene nuevamente, Cree haber descubierto lo que sucede.)** ¿Una pesadilla?... ¡Eso es..., claro!... De ahí que no sintiera cansancio, ni frío, ni calor... ni aun hambre y que volara más que corriera. Es la misma sensación que siento cuando sueño, y por más que me parezca increíble, sé que es así y sigo gozando del sueño. **(Transición.)** Pero con la diferencia de que hoy no es precisamente placer lo que experimento... Tal vez eso confirme que estoy padeciendo una terrible pesadilla y... y que despertaré de un momento a otro. ¡Ojalá sea así! **(Más nervioso y angustiado por momentos, se pellizca repetidamente en un brazo y retrocede hacia el mostrador.)** ¡Despierta, Salvador, por el amor de Dios, despierta!... **(Ya gritando.)** ¡¡Despierta, maldita sea tu suerte!!... ¡¡Despiertaaaaaaa!!! **(En el último grito se abofetea en un carrillo, lo que deja sus ojos frente al calendario que cuelga en la falsa pared de fondo, entre estantes, mirándolo fijamente y con gesto de estupefacción.)** ¿Qué... qué burla es esta? ¡Ese calendario señala la fecha de 1999!... **(Mira rápidamente su reloj de pulsera.)** Mi reloj se ha detenido a las cinco de la madrugada del ocho de junio de 1991, que es realmente la fecha en la cual deberíamos estar... **(Toma el diario depositado sobre el mostrador y consulta la fecha de edición.)** Marzo de 1999... ¿Pero qué es lo que está pasando? **(Arroja el diario.)** ¡Esto no puede ser un sueño, es demasiado real!... **(Transición.)** Entonces, ese niño... Si la fecha fuera la correcta mi hijo tendría la misma edad. ¡No, no, no..., es imposible! El chiquillo estaba delante de dos tumbas y... **(Piensa.)** ¡Encarna, Salva! **(Reacciona violentamente.)** ¡¡Ya está bien!! ¡¡Si sigo así me volveré loco!! **(Enfurecido y mirando hacia arriba.)** ¿Qué es lo que queréis de mí, bestias del espacio? ¿Qué os he hecho yo para que me tratéis de esta manera? ¡¡Acabad conmigo de una puñetera vez... o devolvedme a mi mundo!!

(Se oye una dulce música. Luz mínima en escena. Baja la bambalina con la puerta especial y se enciende un foco de luz blanca detrás mismo de la puerta, con el fin de conseguir la sombra. SALVADOR la ve y se sobresalta en principio, obligándole a dar un paso atrás.)

«¡Los resplandores!»... **(Transición.)** No, no puede ser. Esta luz no ciega y tiene la virtud de serenar. Tampoco se oye el zumbido. Incluso diría que escucho como una dulce música. **(Pausa para acercarse a la susodicha puerta.)** Parece que la luz pretenda que entre en ella o... o que la toque. ¡Me atrae irresistiblemente!

(Con recelo, SALVADOR se acerca a la puerta con la intención de tocarla y alarga una mano insegura y temblorosa, introduciéndola a través de la puerta. Se producen efectos de parpadeos de luces, lo que le asusta y le hace retirar la mano rápidamente. Lo intenta de nuevo con el mismo resultado, pero esta vez, después de verse la mano atravesando claramente la puerta, hace lo propio con todo el cuerpo, quedando vislumbrada su figura detrás de la fantástica puerta especial así como las de dos tumbas. Progresivamente, baja el volumen de la música hasta desaparecer.)

¡Las tumbas..., son las tumbas del cementerio a las el chico hablaba! **(Se arrodilla junto a las lápidas, y con voz trémula y enronquecida por momentos lee la primera de las inscripciones.)** Aquí yace Encarna Puig... Alacreu... ¡Falleció el... el día diez de agosto de... de 1993! **(Sollozando.)** ¿Por qué, señor?... **(Abatido y temeroso lee la segunda de las inscripciones, cuestión que le afecta notoriamente.)** Aquí..., aquí yace Sal... Salvador Medina Miralles... ¡Falleció en un accidente de... de tráfico... el día ocho de junio de 1991!... ¡¡Noooooooooooo!!!

(Con nuevos efectos de relámpagos y gritando se alza de un brinco y cruza rápidamente la puerta especial, al tiempo que se detienen los efectos y se deja ver con su pétreo y desencajado rostro, escuchándose su voz más enronquecida pero audible.)

¡¡Salva!! ¡¡El niño!! ¡¡El niño era mi hijo!!... **(Cae arrodillado a dos pasos de la puerta y con los puños apretados contra su pecho.)** ¿Qué hemos hecho, Encarna?... ¿Qué hemos hecho?... **(Mira hacia arriba.)** ¿Y por qué al cabo de tantos años, Señor? ¿Qué ha ocurrido conmigo en todo este tiempo... y cuántas desdichas tuvo que pasar mi esposa desde que yo le falté? ¿Y mi hijo? ¡Dios mío!... ¡Salva!...

(Mientras SALVADOR se encoge, solloza y gime, el telón de fondo preparado al efecto y que está haciendo de falsa pared ha ido abriéndose para dejar a la vista, sólo iluminado por una reducida y justa luz de cañón, un rostro femenino con los cabellos crispados. Este efecto vuelve a ser acompañado por la misma dulce música, cosa que hace girarse a SALVADOR y ver el macilento rostro de su difunta esposa. Al mismo tiempo que va bajando de volumen la luz del cañón, otra luz procedente de un cenital cae sobre Encarna, permitiendo verla más al completo así como su dulce sonrisa y sus vaporosas

ropas de sedas blancas. Encarna extiende sus brazos a SALVADOR. Este, entre lágrimas y también sonriendo al ver la figura que ha reconocido al instante, dulcifica su expresión, se pone en pie lentamente y, firme pero pausado, se dirige hacia ella murmurando su nombre.)

Encarna...

(Vuelve a atravesar la antedicha puerta y, en off, se le escucha repetir el nombre en dos ocasiones más.)

SALVADOR. - (En off.) Encarna... Encarna...

(Acto seguido, se toman por las manos y se quedan completamente estáticos; las luces de escena bajan paulatinamente de volumen; se apaga la luz de sombra de la puerta; se produce el efecto de un par de relámpagos prolongados y acompañados de algún que otro trueno; vuelve el telón de fondo a su posición habitual, cubriendo a SALVADOR y a Encarna, y sube la bambalina con la puerta especial, quedando nuevamente fuera de la vista del público mientras la música hace mutis. Hecho esto, se produce un oscuro total que es aprovechado por SALVADOR y por Vicente para volver a colocarse en los mismos lugares del inicio. Segundos después, con la misma luz y con la misma música de antes de abrir telón y estando el escenario como sino se hubiera interpretado aún, Vicente, el tabernero, repite exactamente las mismas acciones y movimientos que hiciera en el comienzo. SALVADOR hace lo propio.)

SALVADOR.- No sé a qué es debida esa obstinación en hacer ruidos y en no dejarte ver, Vicente. ¡Como si yo fuera un apestoso! Ahora bien, si lo que pretendes es asustarme con alguna broma o... seguir con la burda farsa que no sé por qué razón me está montando mi propio pueblo, más vale que te dediques a otras cosas de más provecho.

¿Se repite la historia? ¿Son secuencias sin fin?

Telón.

FIN